

La mecedora

Escribe: JOSE PUBEN

No había conocido antes el mar. Y el susurro del oleaje lo tenía en un estado parecido al asombro. Desde la ventana podía ver el infinito repartido en azules. La ventana daba a una pequeña terraza donde una vieja mecedora de mimbre parecía vivir eternamente ocupada por el viento.

En las tardes la abuela salía a la terraza a tomar el fresco, y a evocar el tiempo ido, con el ritmo soñoliento de la mecedora. Jamás se le llegaba a escuchar una palabra que denunciara posibles preocupaciones por los días futuros. Todo era imprevisto y nuevo para ella. ¡Pero qué tristes eran aquellas cosas nuevas que, de una manera u otra, pretendían negarle el pasado!

La llegada de su nieto Carlos, a pesar de las duras circunstancias que lo habían llevado a su lado, la tenía en un estado de infinita alegría. Carlos le recordaba las mejores épocas. ¡Se parecía tanto a su abuelo! El tiempo repite sus ventanas, por donde se puede ver de nuevo algún paisaje amado.

Se había casado con un inglés. Un hombre rico, de figura delgada y elegante, que la llevó a recorrer todas las playas, casinos, restaurantes y calles del viejo mundo. Para él, ella era una flor exótica traída de las nuevas tierras. Una flor interesante para mostrar a familiares y amigos a la luz de una chimenea victoriana que podía dorar, aún más, su rostro de mujer primitiva. En estos casos ella estaba por desconocimiento del idioma de su querido Edy, como pedía él que lo llamara.

El muchacho hablaba de incendios, asaltos, potros, baúles cargados de chécheres, gasolina regada en los potreros y de su pobre madre; ya demasiado lejos y olvidada por la abuela, como para sentirla y llorarla como hija.

De la casa no dejaron nada. Nada que pueda recordarse. Nada que guarde testimonio de los días de paz. Quemaron la palmera, la puerta, los llanos. Si aquel día no hubiera llegado, hoy tendríamos una buena cosecha. Una cosecha guardada en billetes de banco, finos y aéreos, que el viento también podría dispersar por las llanuras con infinita alegría y derroche.

En el desván aún quedaron los recuerdos. Un grueso álbum de fotos, amarillentas y grandes cantidades de libros. Eran ediciones de principios de siglo, como lomos y cubiertas borradas por manchones llorosos y sucios. El oro de las letras se lo había llevado el sol que penetraba al desván por la ventanilla; pero el arrullo del mar no parecía alcanzar el viejo montón de recuerdos. De una caja forrada en pana roja salían los bordes de lo que fuera, en otro tiempo, la falda de una mujer. Todo había muerto... ¡En todo se acumulaba la sucesiva desolación de los años!

Y las fotografías. Esos viejos retratos amarillos, donde se veía el abuelo mojando sus pies en el oleaje. Los pantalones de baño le caían hasta las rodillas. Sobre la cabeza llevaba un liviano sombrero de playa con una gruesa cinta de tela. Al fondo, un balneario con hoteles de madera y mucha gente que a lo mejor ya descansaba, como el abuelo, tendida en alguna playa infinita mirando las estrellas. También había fotografías donde el abuelo estaba con un viejo uniforme, llevando la gorra y el fusil de los primeros soldados de principios de siglo. El pobre se había quedado durmiendo definitivamente con el balanceo de la mecedora.

...¿Y si de pronto a alguien se le ocurre prenderle fuego a la casa? Las olas de seguro ya no vendrán a bañarla como otras veces. El mar estará tranquilo y sereno dejando a un lado su gran sonoridad para que solo se escuche crujir las ventanas, doblarse las vigas, derrumbarse los techos y ver volar, en medio de la brisa, las cenizas de los viejos faldones de la abuela. ¡El fuego se hará vivo y devorante reflejando sus luces contra el cielo, y el mar, en la infinita noche!

Sí. Su hija había sido loca. Regresó para casarse con un mestizo y se internó con él en la llanura. Ese llano que hoy desolaban los que no tenían trabajo. Nunca más quiso volver a verla. Deseos de estar en su compañía no le faltaban, pero... Ella también regresó con su esposo al nuevo mundo a instalar su casa en un pequeño cerro, que daba contra una bella y casi violenta playa.

Lejos, muy lejos, su pobre hija. De ella siempre guardaba el recuerdo de una niña juguetona muy parecida en el modo de ser, a su padre. Rubia, airadamente rubia. ¡Y buscando la sombra mestiza de sus lejanos parientes!

Muy cerca de la playa estaba la ciudad. Una ciudad frente al mar, de viejas murallas coloniales; en ella siempre se evocaba, con un poco de alegría, el doloroso recuerdo de los piratas. ¡Se sabía que casi todos los piratas habían sido ingleses! La leyenda hablaba de un parche en el ojo izquierdo y de galantes caballeros que llegaron a extender su capa a los pies de una mujer dominante. Cuando llegaban los piratas, el lejano horizonte del mar se estremecía para dar paso al saqueo, al licor y a la destrucción de los recuerdos íntimos con el fuego de los incendios.

¿Por qué le alegraba tanto la presencia de Carlos? ¿Qué importaba que le recordara a su esposo? Buscaría entre las cosas del desván las pipas de Eduardo para regalárselas. Quizá llegaría a gustarlas... ¿Qué le estaba pasando a estas alturas de la vida? ¿Por qué tenía que gustarle a su nieto las pipas de su esposo? Ella ya estaba vieja. Había gozado, ama-

do y disfrutado hasta donde era posible. Muchos preguntaron de dónde era. Se afirmaba que por su cuerpo corría un verdadero estremecimiento. ¿Qué sol encendía sus venas? ¡Hasta su propio Eduardo se había asustado! Ella lo había amado, y lo seguía amando. En el desván estaban sus cosas... (*¡nuestras cosas!*), ¡todos los recuerdos del pasado!

Pero el muchacho tiene ideas extrañas. Es difícil entenderlo. Parece que estuviera en mi casa a falta de otro lugar a donde ir. ¡Insiste en hablar de esas cosas horribles que pasan en los llanos! ¿Le diría mi hija que yo no merecía ser su abuela? Es verdad que no quise ir a verla... ¡Pero también es verdad que ella no quiso venir a verme! Siempre nos lamentábamos de ser lo que éramos. Tirábamos la cuerda a lados opuestos. Creo que nunca aflojaré la cuerda de que he halado toda mi vida. Pobre hija...

El muchacho, cuando la abuela no estaba en la terraza, ocupaba la mecedora y se dejaba arrullar por ella. Nunca dejó de extrañarle aquel lugar. Su madre siempre le había hablado de la abuela pero sin poner, en lo poco que contaba y repetía, ningún gesto que pudiera indicarle cariño o desprecio. Más bien parecía lamentar el no tenerla cerca. Si... Quizá más cerca de lo que él alcanzaba a imaginar. Era testigo de lo devota que había sido con ellos; pero su padre se había manejado muy mal. El sabía que ella lo amaba demasiado y se aprovechaba de ello. No quiso dejarlo ni en el momento de peligro, en los instantes de la gran gritería. ¡El triunfo de los asaltantes se lo había llevado todo entre humo, restos y ceniza!

Pero una tarde su abuela lo sorprendió en la mecedora. A él le extrañó mucho que ella no dijera nada. Su gesto parecía indicarle que continuara balanceándose, como lo estaba haciendo momentos antes. Que nunca detuviera su ritmo, su desolada tristeza de cuna para viejos: Un lecho construido con madera de los bosques para soñar con el amor, el amor al tiempo, el amor al sueño, ¡el amor a las estrellas lejanas, cansadas y viejas!

La abuela le puso las manos sobre la cabeza. Pero no eran dedos los que él sentía. Parecían unos huesos deseosos de tenerlo todo. De estrujar el infinito entre su dura materia e ir a sembrarlo por los caminos. Su actitud clamaba que aún ella no quería ser polvo. *Las hogueras. Las olas. Las últimas olas. Una roja llamarada de fuego. Todos apagando el incendio con baldes llenos de agua. El viento. Los gritos de todos perdidos en el viento.*

El muchacho permaneció quieto con las manos de su abuela recorriéndole el cabello. Pero cuando ella las llevó a través de su rostro él sintió asco. Las manos sarmentosas y manchadas, con sus ásperos dedos, lo llenaron de odio. Se puso de pie con gesto violento y despiadado. Habló a grandes gritos de su madre. La llamó vieja loca. Y se fue a la playa, marchando por el camino que llevaba a la ciudad. A la ciudad amurallada y colonial. A la ciudad de los piratas de niebla evocados en todos los horizontes, contra las murallas, del mar azul y viento. Desde aquel día no quiso regresar a la casa del cerro: ¡sus pasos se los entregó al desolado mundo de las calles!

(Muchos días después de abandonar la casa lo llamaron a comunicarle que la abuela había muerto de tristeza. Según decían, jamás aparentó estar marchita: hasta última hora hizo gala de su orgullo. También le contaron que de todo su pasado había hecho una gran pira. Una hoguera de papeles amarillos y de telas carcomidas por el tiempo. ¡Lo único que no quiso tocar fue la vieja mecedora de mimbre! Y en el testamento dejó todos sus bienes, menos los recuerdos, en manos de su nieto; ¡de su único nieto. El hijo de su nunca llorada, pero siempre querida, hija!).

...Porque el sol cae sobre las murallas. Juega. Brilla. Cansa. Y contra las paredes de cal amarilla. (Gato). Sobre los techos casi negros de tiempo. Ella espera... (esperaba). Agoniza. Vida. Sed. El rostro bajo los portales. (La sed de todos los días). Todos tienen un pañuelo. Un pedazo de tela blanca para esconder el rostro. El rostro bajo... (no dejan de pasar los últimos coches). En la torre del reloj están próximas a ser las dos de la tarde. Si todas las calles durmieran bajo la sombra de los árboles... Si el sol no brillara tanto... (los andenes están solos. Muertos. Solos). Hay que esperar a que regresen los transeúntes. Todas estas viejas calles hablan de mi abuela. Nadie tiene derecho a dejar a nadie. El sol cae sobre las murallas. Mar. También brilla la luz sobre el agua. Si pudiera volver a hacerla feliz. Noche. Los recuerdos se fueron con ella. A nadie le pertenecen los recuerdos de otro. Brisa. Entre los pañuelos se esconden las manos de los otros hombres. El rostro. Las manos. El sol brilla. Muerte. En las calles se esconde el rostro de la abuela. Abanico. Los pañuelos. La mecedora sigue balanceándose... Nadie me espera. Niebla. Cuando pase la hora del calor... ¡Si en todas las calles durmiera la sombra de los árboles!

Y se le vio esperando la noche, de pie, contra el marco de la puerta, mientras la mecedora, donde debía estar sentado, era impulsada por el viento. En su rostro había una ligera evocación del tiempo, que parecía repasar la experiencia de los días. ¡Experiencias que van construyendo nuestra morada y también nuestra amargura!